

4

Comunicación social y Desarrollo Cultural

Mtro. Francisco Prieto Echazo.

**CENTRO DE DIFUSIÓN Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIAS
CENTRO DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIAS**

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Carlos Escandón D.
Lic. Luis González Morfín
Lic. Pablo Humberto Posada V.
Arq. Gerardo Anaya D.

Diseño: Magaly Néminger, Anneke Boom.
Tipografía: Gabriela Ruiseco, Genoveva Camacho, Ernestina López.
Impreso en Ediciones Zacatenco, S. A.

Se terminó de imprimir en Marzo de 1982.
Tiro: 2,000 ejemplares.

Derechos reservados
© Copyright Universidad Iberoamericana, 1982
Cerro de las Torres 395, 04200 México, D. F.

PRIETO ECHAZO, Francisco.

Licenciado en Comunicación, Universidad Iberoamericana, México. Maestría en Filosofía, Universidad Iberoamericana, México. Diploma Superior de Estudios Franceses Modernos, Alianza Francesa de París, Francia. Maestría en Fonética, Universidad de París, Francia. Docencia en el Departamento de Comunicación de la UIA, de la que es Maestro Numerario. Actualmente es Director del Departamento de Comunicación de la UIA. Es autor de varios artículos en diversos diarios y revistas. Ha publicado las novelas “Caracoles” y “Taller de Marionetas”; se encuentra en prensa “La inclinación”. Habla y escribe, además del español, inglés y francés.

COMUNICACIÓN SOCIAL Y DESARROLLO CULTURAL

Discutimos el concepto de cultura porque se traduce, sin más, en el sentido y los significados últimos de una sociedad, de ahí que haya sido tratado, específicamente, en las épocas críticas. Por otra parte, si el estudio de toda relación interpersonal o grupal requiere del desciframiento de ideas y creencias, códigos y patrones conductuales, proyectos latentes y situaciones concretas de sus miembros, y lo mismo, con un grado mayor de complejidad, es necesario para el análisis de la comunicación social, podemos afirmar que cuando estudiamos ésta tenemos que hacer referencia a la sociedad y a la historia que nos remiten a la cultura.

Pues bien, cada cultura se compone, básicamente, de creencias e ideas. Las ideas pueden traducir y ampliar las creencias, pero suelen ser también proposiciones estructuradas en sistemas que respondiendo, por regla general, a una nueva sensibilidad de la realidad, propugnan nuevas perspectivas de desarrollo que pueden tener en mira el resquebrajamiento de algunas creencias. En todo caso, las ideas proceden de una sensibilización de la realidad que condiciona la percepción, y sólo en casos aislados y referidos a las ciencias puras pueden producirse sistemas de ideas cuya conexión con la sensibilización de un tiempo no pueden demostrarse. Con lo que podemos concluir, junto con Ortega y Gasset, que “la cultura es el sistema vital de las ideas de un tiempo”¹.

Entonces para que pueda hablarse de una cultura positiva, sería menester que, cuando menos, el hombre medio poseyera el sistema vital de las ideas de su tiempo, o sea, que dispusiera de una traducción conceptual de su entorno próximo en la relación con su entorno-mundo que le permitiera interactuar satisfactoriamente. En caso de no suceder así las cosas, estaríamos ante un cuadro de incomunicación generalizada, ante lo que vamos a llamar cultura negativa, esto es, la que es susceptible de ser traducida conceptualmente por parte de un observador capaz de percibir creencias, ideas y valores más o menos socorridos y más o menos dispersos entre diversos sectores integrantes de la “comunidad” estudiada.

Así, esas sociedades de cultura negativa podrían clasificarse en auténticas o tradicionales (me refiero a las que, por diversos motivos, viven hace siglos a la defensiva y que, muertas, se encuentran al margen de la historicidad y/o de todo ahondamiento en sus distintas relaciones); y mixtificadas, o sea, esos que sólo nominalmente, relativamente, pueden ser llamadas comunidades.

Mas no nos alejemos del problema de la comunicación. Y recordemos el esquema descriptivo de la cultura realizado por Edgar Morin, para quién ésta se describe como “un sistema indisociable donde el saber, almacén cultural, sería registrado y codificado, asimilable sólo por los detentores del código, miembros de una comunidad dada (lenguaje y sistema de signos y símbolos extra lingüísticos), ligado, constitutivamente, a patrones-modelos que permiten organizar y canalizar las relaciones existenciales, práctica y/o imaginarias”²

EXISTENCIA

CÓDIGO

PATRONES-MODELOS

SABER

La relación con la existencia está, pues, bivectorizada: de una parte, el sistema cultural extrae de ella la experiencia que puede asimilar y, eventualmente, almacenar; de otra, provee a la existencia los

cuadros y estructuras que asegurarán, disociando o mezclando, la práctica y lo imaginario, sea la conducta operacional, la participación, “el goce” . . .

Lo que nos muestra a la cultura como centro y marco de referencia en el proceso de la comunicación social o colectiva.

Entonces: la distinción entre existencia y saber es, desde otra perspectiva, la que puede establecerse entre cultura formal y cultura material. Y pues la cultura es más que una mera ideología, es formal cuando aún no se ha materializado. Recordemos, ahora, a Marcuse: “Existe una cultura cuando los valores representativos pasan o han pasado visiblemente a la realidad social”. Y acordémonos también de las interrogantes que nos plantea:

- 1.- Cómo están relacionados los medios de la sociedad con los fines que ella misma proclama?
- 2.- ¿Cómo están relacionados la literatura, el arte, la filosofía y la religión de una sociedad con la praxis social³.

En este sentido conviene tener presente que el hombre es primeramente, alteración pero que es, en rigor, hombre por la capacidad que tiene de meterse dentro de sí y establecer una distancia con las cosas para volver al mundo y operar en él a partir de la teoría; que a esto último es a lo que se le llama praxis. De ahí que la cultura formal obedezca a ese retirarse el hombre provisionalmente del mundo, pero retirarse para interiorizar precisamente ese mundo en el que se encuentra perdido y volver a él comprendiéndolo y, en cierta medida, para transformarlo⁴.

Entonces, las preguntas de Marcuse aparecen en toda su validez, y lo primero que hay que dilucidar es hasta qué punto se da en una sociedad una relación verídica entre lo que postula y sus realidades concretas o, lo que viene a ser equivalente, entre la palabra y las acciones.

Lo segundo, el estado de desarrollo, acceso y participación de los elementos críticos de esa sociedad, entendiéndolo por ellos a los productores oficiosos de la cultura formal, esto es, quienes tienen a su cargo el ejercicio sistemático de la contradicción, la denuncia y la negación y cuyo centro específico es la universidad y determinados centros de difusión cultural.

Tomemos, pues, como base las diversas proposiciones y categorías establecidas para abordar de frente al asunto que nos reúne: la cultura mexicana aquí y ahora. Y, para ello, establecemos dos proposiciones:

- 1.- México posee una infraestructura cultural o, en otras palabras, es posible hablar de una cultura nacional como entidad diferenciada y al nivel de los tiempos.
- 2.- México se presenta como una cultura negativa.

Infraestructura cultural.

Se puede afirmar en México la existencia de una infraestructura cultural por la existencia de un carácter nacional compuesto de una determinada sensibilidad y un cierto sentido del pasado histórico más o menos generalizados en el país, debidos a un conjunto de acontecimientos que vincularon a toda la nación en forma gradual. Así, por ejemplo:

- La independencia.

- Las intervenciones norteamericanas y francesa.
- La Reforma de Juárez.
- El patriarcado de Porfirio Díaz, que en muchos aspectos ofrece un grado relevante de continuidad con el juarismo.
- La Revolución que es, de hecho, la actualización de un buen número de postulados de la Reforma, aunque revestidos y, en alguna medida, impregnados por los principios socialistas.

Se puede afirmar también la existencia de dicha infraestructura cultural por existir en el país una estructura política altamente diferenciada de cualquier otra y que procede de una revolución en la que -caso único en el mundo- revolucionarios, en rigor, fueron tanto las facciones liberales como las socialistas, éstas, por cierto, de tipos muy diversos.

Otro factor, y no menos importante para nuestra proposición, es la existencia de un arte vivo de carácter nacional, del que los artistas han tenido plena conciencia. Así, durante el siglo XX surgen:

- Una escuela mexicana de pintura (Orozco, Rivera, Siqueiros . . .).
- Una escuela mexicana de música (Ponce, Chávez, Revueltas . . .).
- La novela mexicana (Guzmán, Yáñez, Rulfo . . .).
- Una malograda escuela de cine (De Fuentes, Bustillo Oro, Fernández . . .).

A lo anterior habría que añadir la capacidad de diálogo con otras culturas de los intelectuales del país, que hace pensar en un cierto rebasamiento -he dicho "un cierto"- de la mentalidad periférico----dependiente. Y un ejemplo de ello las filosofías de Vasconcelos, Ramos, Paz . . . Por otro lado, Daniel Cosío Villegas funda una escuela de historiadores que ha dado ya varias generaciones y cuyos precursores serían Clavigero y Lucas Alamán.

Por último, en México, a pesar de las diferencias étnico-culturales y de la extensión considerable del país, a diferencia de muchos otros países de Iberoamérica, hay proximidad afectivo-racional entre costeros y serranos.

Cultura negativa.

Si lo anterior nos llevó a plantear la hipótesis de la existencia de una infraestructura cultural en México, hay otros factores que nos inducen a pensar que la cultura mexicana actual es de carácter negativo. Propongo seis cuestiones que mueven a sugerir la presencia de un fenómeno de inercia cultural avanzada:

- 1.- La tecnología de la corrupción (Corrupción que se ha socializado, con la que se convive a un grado tal que no se la percibe).
- 2.- El sistema corporativo que ha hecho a la mayoría de los sindicatos, secretarías o comisiones del partido oficial y del Presidente.

- 3.- Las formas institucionales de seguridad social no excesivamente deficientes que unidas a la burocratización hace ya muchos años alarmante, entorpece gravemente toda la posibilidad de cambio social. Burocracia que, por otro lado, abarca a muchos de los elementos más idealmente móviles del país.
- 4.- El desarrollo cada vez más perfeccionado de las diversas tecnologías destinadas al control social. (Puede entenderse control policial). Al nivel de los tiempos, México instrumentaliza el modelo militar correspondiente a la sociedad industrial avanzada, ese que puede prescindir de los militares.
- 5.- La carencia de proyectos histórico-culturales serios por parte de las alternativas opositoras, tanto las que se encuentran a la izquierda como a la derecha del partido oficial.
- 6.- La escasa significación social de la muy avanzada élite trabajadora de la cultura formal y, por consiguiente, la casi imposibilidad de penetración social de la crítica. Lo que, por otra parte, plantea ya otro problema: la escasa interrelación, prácticamente nula, entre los creadores de alta cultura en las artes y en el pensamiento con los hombres medios de nuestro país que acentúa el alejamiento progresivo de los primeros respecto los otros, de la que da testimonio una literatura más y más asentada en la estética formalista.

Si tomamos este último punto, que es el que nos corresponde, la respuesta a la pregunta de Marcuse “¿cómo están relacionados la cultura, el arte, la filosofía y la religión con la praxis social?” sería mas bien desalentadora. En lo que toca a la literatura, basta con remitirse a los tirajes de las editoriales que publican novela y poesía mexicana que, por cierto, sólo *Joaquín Mortiz lo* hace de una manera periódica. Habría que constatar que la mayoría de los títulos que publica dicha casa editorial con un tiraje entre tres y cinco mil ejemplares para novelas, entre mil y dos mil para poesía, se agotan, en un promedio de cinco años, lo que en una nación con una ciudad capital de doce millones de habitantes y tres que sobrepasan el millón es, objetivamente, pobre. Es necesario constatar que vivimos en un país donde es posible la celebridad del escritor aunque no cuente con lectores. En el terreno de las ideas tomemos, por ejemplo, a los dos clásicos por excelencia para el estudio de la cultura nacional en nuestro siglo. José Vasconcelos y Alfonso Reyes. Pues bien, del primero se agotó una edición pequeña de sus obras completas hace más de cinco años, no se consiguen en ediciones separadas sus dos textos fundamentales sobre la cultura mexicana, a saber, *Bolivarismo o Monroismo e Indología*, y en cuanto a *La Raza Cósmica*, publicado por una editorial española en libro de bolsillo, entre 1948 y 1976 ha conocido sólo cuatro ediciones; su obra fundamental, la autobiografía sumaba desde 1936 hasta 1970, 28 mil ejemplares comprendidos en esta cifra tanto los volúmenes originales que publicara *Botas* como los censurados, únicos que normalmente se pueden conseguir, publicados por la casa *Jus*. De Reyes poco es posible adquirir fuera de las obras completas editadas por el *Fondo de Cultura Económica* que no han rebasado, desde hace un buen tiempo, la primera edición. En un país de setenta millones de habitantes, estos datos deben preocupar, sobre todo, si se toma en cuenta la cantidad y la calidad de nuestros autores, tantos y tan buenos como por lo general desconocidos, no digamos para el hombre medio de este país, sino para nuestra mismísima juventud universitaria.

No trato la cuestión de la música y de las artes plásticas porque no son asunto que, para efectos de la comunicación social, tengan la relevancia de la literatura, tanto de ficción como la ensayística. Pero sí me referiré al cine para constatar que a raíz del retorno de Luis Buñuel al cine europeo, no se ha producido en este país una sola obra de arte mayor y son contados los productos nacionales de buena factura artesanal, entendiéndose con esto no sólo la buena estructura narrativa sino también la

verosimilitud de los personajes, la espontaneidad de los diálogos y la inteligencia de los planteamientos.

En cuanto al teatro, remito a las carteleras del Distrito Federal; a la ausencia de carteleras teatrales en las ciudades de provincia. En el primera caso: comedias de vodevil en número alarmante y un mínimo de teatro serio que con dificultad alcanza el ciento de representaciones.

Pasemos, pues, a la filosofía. Y este aspecto lo voy, a ligar con los medios de comunicación colectiva. Porque estos serían, en cierta medida, reflejos de la densidad de la enseñanza filosófica y sociológica en nuestras universidades y preparatorias, por un lado; por el otro, de la vida política nacional. Pero resulta que el abismo entre la cultura formal y la cultura material en México es casi infranqueable. Así, un análisis somero de la prensa nacional y digo de la prensa porque, a pesar de todo, tiene una dignidad que no se encuentra en esas cloacas que son la radio y la televisión nacionales nos mostraría una resultante de ambigüedad y de eclecticismo que son, precisamente, factores de deseducación.

El lenguaje de la política mexicana es ecléctico. La transa no fue ajena a la revolución, sino más bien uno de sus componentes básicos. De una realidad social-transa, deriva un lenguaje-transa. Ese lenguaje político donde se mezclan elementos de liberalismo ortodoxo con elementos socialistas y populistas más o menos contaminados de nacionalismo constituye parte relevante de la progresiva deseducación nacional que la prensa, en uno de sus roles, o sea, el de vocera, tiene, necesariamente, que reflejar. A

lo que habría que añadir que las páginas de artículos de fondo no suelen mostrar un artífice detrás: tendencias encontradas comparten una página sin posibilidad de complementación. Y, a menudo, en un mismo artículo hallamos conceptos contradictorios mañosamente, a veces inconscientemente, ligados.

Si, por contraposición, tomamos el ejemplo de la gran prensa francesa, comprobamos que el periódico de derechas “Le Fígaro”, el socialdemócrata “Le Monde” y el comunista “L’Humanité” se caracterizan no sólo por contenidos diferentes que se muestran en encabezados, ordenamientos y artículos, sino, incluso, por un estilo redaccional diferente. Y es que difícilmente pueden separarse forma y contenido. El resultado de ello es que un lector de cualquiera de esos periódicos va estructurando una visión de la realidad que fomenta una cierta coherencia en sus opiniones e intereses, lo cual facilita y aún propicia el diálogo social, pues la primera condición para no ser manipulado es la posesión de una idea clara sobre la realidad social de la que formo parte. En la medida en la que yo sepa qué creo y por qué lo creo, puedo ser tocado por el otro de una manera constructiva, o sea, no caótica; cobro conciencia, pues, que la desarticulación de un elemento en mi concepción de la realidad, no deja inmaculado mi sistema de ideas y creencias.

El argumento que con frecuencia se maneja en defensa del eclecticismo, o sea, la libertad del lector, es una falacia. Para hacer un montaje se requiere de varios factores:

- 1.- Cultura
- 2.- Tiempo
- 3.- Conocimiento de las características propias de los diversos lenguajes persuasivos o retórica. (Quiero decir, poder hacerse la pregunta ¿qué intereses hay detrás, qué buscan que yo piense lo que en este momento estoy pensando a raíz de la lectura de este número del diario?).

En otras palabras: los editores de periódicos, en general, no parecen preocuparse de que cada edición es un todo y debe de tener un significado de totalidad, exactamente igual que la obra artística. Todas y cada uno de las secciones de un diario, de una revista, debieran responder a un sistema de vasos comunicantes.

Así, no es la política y la economía “lo serio” y los espectáculos “lo frívolo”, porque una y otros forman parte de una misma realidad total.

En un pueblo, en fin, donde priva la confusión, el poder se ejerce autoritariamente por parte de quienes tienen bien articulados sus intereses y objetivos. Quien posee un lenguaje estructurado es consciente de las incoherencias que practica, y domina a quienes no poseen tal lenguaje. De ahí la opresión que se ejerce a diario sobre el hombre medio en nuestro país.

En la prensa, sin embargo, es posible hacer distinciones. En la radio y la televisión, no. La radio y la televisión nacionales, sometidas a las leyes de mercadotecnia, son un ejemplo de vulgaridad manifiesta estructuradas, además, fuera de una política cultural en un país donde la educación es cuestión fundamental como lo prueban no sólo lo aquí discutido hasta el momento sino el índice de analfabetismo.

No analizo tampoco la religión. Marcuse, en la pregunta de marras, la tiene en mente como discurso ideológico que en buena manera funciona como un remanente del pasado. En México es un asunto particularmente complejo cuyo tratamiento nos rebasa en este momento.

Ahora es necesario encontrar por qué ese alejamiento entre cultura formal y material es particularmente grave en nuestro país. Pues bien, el problema de incomunicación social en las comunidades avanzadas -en las que México, en cierta medida, participa- parece centrarse en la carencia de significación del trabajo para la mayoría de los hombres. Como señalara Buytendijk, “el mundo del trabajo es el mundo de las resistencias. Da forma a la existencia por la alternativa de tensión y distensión, y la constituye como una existencia sólida, dura y fuerte, resuelta a la acción, como una existencia que se desarrolla como poder, deber y querer y exige victoria y coraje . . . Por virtud del acto de trabajar se forma una determinada ética y una determinada sensibilidad. Así pues, trabajar no es sólo una determinada manera de actuar, sino un comportamiento normativo por el cual la existencia toma una determinada estructura moral. En principio, el trabajo tiene por objeto lo no-humano, por el hecho de que lo humano sólo es realmente humano cuando no se le puede elaborar, reestablecer, construir, transformar por el trabajo de otro. De aquí se sigue, por consecuencia lógica interna, que el trabajo imprime a la existencia la marca de la objetividad, de la positividad, del conocimiento racional empírico, pero también de la soledad, porque las relaciones humanas del ser-con, en el sentido de 'nostridad', no desempeñan ningún papel en esta existencia. El homo faber no conoce lo humano más que en las relaciones jurídicas y éticas que forman el marco totalmente necesario para la posibilidad del trabajo”⁵

Frente a ese mundo que -es, sin embargo, el presupuesto necesario de objetividad para establecer la comunicación entre los hombres -en su perspectiva tanto social como inter e intrapersonal- se encuentra el mundo que Buytendijk, siguiendo de cerca a Heidegger y a Scheler, llama el mundo del “cuidado”, o sea, el de los valores. El objeto del cuidado-dice-es, en primer término, lo humano, lo que se presenta como humano. El cuidado-dice-es, en primer término, lo humano, lo que se presenta como humano. El *cuidado*-continúa-se desarrolla como adaptándose, como descendiendo, como prestándose a demorarse en algo, en tanto que este algo, se revela en el encuentro como interioridad, la cuál se manifiesta como lo que, hablando fenomenicamente, llamamos la posibilidad oculta de las cosas. “Se

puede hablar de la interioridad -por ejemplo, de un niño o de una obra de arte- sin que haya que fundamentarlo racionalmente. Por interioridad fenoménica queremos decir lo que no está en la superficie, que no se descubre por la percepción sensible y, sin embargo, aparece en todo encuentro; puesto que todo ente que encontramos y que nos encuentra contiene extrañamente lo que contradice su presencia manteniéndose al mismo tiempo oculto⁶.

Así, al no poseer ya los hombres su trabajo en cuanto a posibilidad de identificarse con su producto -como lo hace el artista o, en otro sentido, el campesino-, no tiene forma de concretar su interioridad como el niño de la sociedad contemporánea sucumbe igualmente y se dispersa frente a la debilidad subjetiva de su padre que no es sino el reflejo de la objetiva debilidad de éste en la esfera pública, esto es, la social, la del trabajo. Destruído en la dimensión de la esfera privada, el hombre actual se somete a la esfera pública en la búsqueda inconsciente o preconsciente del padre que no tuvo y en la espera -la esperanza como lo han demostrado en distintos contextos Lain Entralgo y Ernst Bloch es un principio ontológico- de un poder fuerte, lo que propicia el fascismo que en nuestros días puede asumir máscaras barrocas y caprichosas.

Esto, unido al eclecticismo y pragmatismo imperantes en la cultura material mexicana, constituyentes, pues, de nuestra cotidianidad, son síntomas alarmantes de la inercia social que padecemos. De ahí la relevancia de la cultura formal, de su necesidad inminente de incidencia en nuestra vida social.

En este sentido, la labor de la universidad como una institución que dé primacía a la cultura a fin de propiciar un entendimiento racional de nuestra realidad en el mundo contemporáneo me parece un paso fundamental. Para ello es necesario devolver a las universidades su carácter de instituciones de cultura superior que garanticen la formación de personas que posean el sistema vital de las ideas de su tiempo. Esa nueva universidad dedicada al saber especulativo y a la investigación pura no dominados por la instancia de la operacionalización sería auxiliada por una multiplicidad de escuelas politécnicas y, en general, profesionalizantes y de investigación aplicada que responderían a las diversas necesidades de las distintas regiones del país. Esta labor sería complementada mediante una política cultural consistente en:

- 1.- El desarrollo obligatorio de formas de la expresión sensible en los centros de trabajo.
- 2.- La fundación de un organismo autónomo -del poder público y del poder privado- destinado a elaborar una política educativa que se instrumente a través de los medios electrónicos de comunicación social.
- 3.- La inclusión desde las escuelas primarias de estudios sistemáticos de los lenguajes de los diversos medios audiovisuales, lo que propiciaría la resistencia a la manipulación y favorecería el desarrollo de aquellos para quienes la escritura no fuera el medio connatural de expresión; esto, unido al estudio sistemático de las humanidades clásicas y mexicanas, de modo que al llegar a la universidad o a la escuela politécnica o de artes y oficios, el mexicano medio poseyera una suficiente relación con la cultura cultivada de suerte que ese estar al tanto se le haya vuelto hábito por el hecho, además, de haber recuperado el sentido de la dignidad al saberse portador y continuador potencial de una tradición riquísima de cultura formal.
- 4.- La instrumentación del proyecto de Gramsci para la Italia de su tiempo consistente en que los estudiantes de ciencias políticas y sociales realizaran el servicio social en la redacción de los periódicos de provincias⁷ -hoy podemos añadir: en las emisoras de radio y televisión-, con una

doble finalidad: primera, llevar el saber universitario avanzado a esos centros de trabajo; segunda, aprender no sólo las técnicas, sino aspectos concretos de la realidad social, económica y política de esos lugares.

Se trata, pues, de rebasar la confusión lingüística y conceptual que padecemos como un primer paso hacia la gestación de una estructura democrática, esto es, de participación de las mayorías en la esfera pública y no de sometimiento a ella.

Lo cierto es que poco puede esperarse de un país en el que la mayoría de los estudiantes llegan a la universidad con una sintaxis deficiente pero, sobre todo, con una ignorancia notable de su patrimonio cultural.

NOTAS:

¹ Ortega y Gasset, José *Misión de la Universidad* (Austral).

² Morro, Edgar *El Sistema Cultural* (Centro Nacional de Investigación Científica, París).

³ Marcuse, Herbert (Comentarios acerca de una nueva definición de la cultura) *Ética de la Revolución* (Taurus).

⁴ Ortega y Gasset, José *El hombre y la gente* (Austral).

⁵ Buytendijk, F. J. *La mujer* (Revista de Occidente)

⁶ Gramsci, Antonio *Cultura y Literatura* (Península).

⁷ Buytendijk, F. J. Op. Cit.